



VI

EOMENZABA á obscurecer y Estebanito no regresaba del pueblo. Gonzalo había dejado el *Diario* y el *Mayor* tiempo hacía por falta de luz, y sentía vaga inquietud por la tardanza de su enviado. Mucho antes de las tres habíad artido para Citala el tenedor de libros, y, á pesar de ser ya cerca de las seis y media, aun no había vuelto, siendo que no había más que tres cuartos de hora de camino del pueblo á la hacienda. Como dos horas podría haber invertido en el lugar, y estar ya de regreso. ¿Qué le habría sucedido?

Esperó Gonzalo que sonasen las siete, último plazo de espera que se fijó, y, no pudiendo dominar la impaciencia, dió orden de que le ensillasen un caballo para dirigirse á Citala en busca de Estebanito, y, sobre todo, para hablar con Ramona.

—Salomé, gritó, ensilla pronto, porque estoy de prisa. Te vienes conmigo.

—Con mucho gusto, señor amo, repuso Salomé; ya me lo había dicho su papá.

En el intervalo que medió entre la comunicación de estas órdenes y su cumplimiento, oyose rumor de caballos, y Gonzalo que salió al corredor para ver lo que era, vió á Estebanito que llegaba. Pero no venía solo; acompañábale otro jinete, el cual tiraba por la brida un caballo, que era el retinto. De pronto no acertó Gonzalo á explicarse lo que aquello significaba.

—Me tenías con cuidado, dijo al tenedor de libros. ¿Qué te había pasado?

—Mil contratiempos. Ya te los referiré despacio. El último fué que por poco me mata el retinto.

—¿Cómo! exclamó el jóven alarmado. ¿De veras?

—De veras. Todo había caminado bien hasta la salida del pueblo. Había tenido cuidado de no tocar al caballo con las espuelas, ni tirarle de la rienda, ni ponerle las manos en las ancas. A buena hora me volvía ya, cuando, por malos de mis pecados, al pasar frente á la última casita, hallé

un grupo de muchachos que jugaban en medio del camino. Procuré pasar lo más lejos de ellos que me fué posible, pero luego me columbraron, y gritaron que me venían largas las acciones, y que le tenía miedo al caballo. ¿Te acuerdas del arroyo? Siempre lo paso poco á poco por prudencia; pero ahora, por salir de la dificultad, me resolví á saltar sobre él. Llegué á la orilla de la corriente, cerré los ojos, aflojé la rienda y apreté las espuelas. El caballo dió un brinco tan furioso como si hubiese ido á salvar un río. Sentí una sacudida, bambaleé, me cogí de la cabeza de la silla, y sin saber como, caí de cabeza. Por fortuna el arroyo no tiene piedras. Saqué sólo algunos golpes en la cara, en una mano y en un pie.

—Hombre, tú tienes la culpa por no hacer lo que te digo, repuso Gonzalo entre colérico y asustado. A ver, déjame ver los golpes.

Le examinó atentamente. Tenía la cara hinchada, un párpado abotagado, y estropeados, pero no rotos ni luxados, los delicados remos de su lado siniestro.

Lo que más había sufrido en el accidente era el traje dominguero.

Cuellos, puños y pechera de camisa estaban hechos unos puros trapos mojados; el águila del fistol había emprendido el vuelo; el sombrero alicaído, tenía la ridícula forma de un paraguas; y chaqueta, pantalones y zapatos, todo chorreaba agua y estaba cubierto de barro.

Gonzalo no pudo ménos de sonreír ante el miserable aspecto del tenedor de libros.

—No te rías, gruñó Estebanito. La cosa fué seria; por poco me mato.

—Pero al fin no te mataste, bendito Dios. Acábame de contar como saliste del paso, repuso Gonzalo.

—No puedo decirlo. Sólo sé que, cuando salí del arroyo, no ví el caballo, y que los vecinos me rodearon y me taparon con frazadas para que no me diera el aire. Me llevaron en peso á la casita más próxima, y me dieron un trago de tequila para que se me quitara el susto. Largo rato después llegó este señor con el retinto.

—Señor amo, dijo el ranchero que acompañaba á Estebanito, voy á contale á su mercé cómo y onde encontré el caballo. Venía del rancho del Lobo pa Citala, cuando miré atravesar por la vereda un caballo co-

rriendo á la juerza de la carrera. A luego me afiguré que había tumbado á algún cristiano, y saqué la reata pa detenelo. El caballito que traigo no es tan amargoso; también sabe correr de recio; ya me ofrecen cuarenta pesos por él, y no lo quero dar! Le arrimé las espuelas y corrí detrás del otro. ¡Algame la Virgen, como iba el cuaco! Parecía alma que se llevaba el diablo. La fortuna fué que en lugar de tomar pal llano, cogiera pa la loma; allí no podía correr mucho por la muncha piedra. En una sesgada que se dió pa tomar la cuesta abajo, le eché la reata que llevaba aprevenida, y lo lacé del pescuezo. Aluego que se paró, lo reconocí, porque no hay quen no conozca el retinto por todo esto, y al pronto creiba que había tumbado á su mercé. Estaba hecho un demonio de furioso; lo *pachoneé*, le dí unas güeltitas, y me lo juí llevando poco á poco. Mi pienso era venirme hasta acá de jilo; pero al pasar por el arroyo me detuvo mi compadre Másimo, y me dijo:

“—Hombre, Saturnino, ¿pa onde llevas ese cuaco?”

“—Pa onde ha de ser! pal Palmar, le dije.

—¿Qué vas á hacer po allá? Allí está el señor que tumbó! y me señaló la última casa del pueblo.

—¿El amo don Gonzalo?

—No, otro muy estudiante.

Aluego me juí pa la casita, y me encontré con el amo—muy *apolismado* y que se estaba curando los golpes. No quijo volvele á montar al penco, porque lo vido muy alborotado, y mi compadre Másimo le ofreció su caballito pa que se juera viniendo. Poco después nos vinimos los dos juntos, porque el amo, como está baldado, no se jallaba útil pa *estirar* el retinto, y también porque mi compadre Másimo se quedó á pie esperándome en el pueblo, y tengo que devolvele su caballo.

—Mil gracias, don Saturnino, repuso Gonzalo, nos ha prestado vd. un buen servicio. Si no hubiera sido por vd. ¿quién sabe que le hubiera pasado al retinto! ¿No se lastimó mucho el caballo?

—Nada tiene, señor amo. Entre mi compadre Másimo y yo le dimos una desaminada antes de venirnos, y no le jallamos más que una raspada en una pata; cosa leve. Lo que si se averió mucho jué la silla; quedó inservible.

—Eso no le hace; lo que importa es que Esteban antes que todo, y después el caballo hayan salido sin novedad.

—Gracias, Gonzalo, dijo el tenedor de libros, te lo agradezco de veras porque sé lo que quieres al retinto. Oyes, con tu permiso me voy á mi cuarto para cambiarme ropa; allá te espero.

Y se fué cojeando.

Saturnino echó un bozal al caballo de su compadre, quedándose con un cabo de la cuerda para tirar de ella. En seguida se apeó, y con el ancho sombrero de palma en la mano, dijo á Gonzalo:

—Conque, amo, con licencia de su mereé me retiro.

—¿No quiere quedarse á descansar y á tomar la cena, don Saturnino?

—Se lo estimo mucho; me espera mi compadre Másimo, y está léjos Citala.

—Hágame favor de recibir este regalito como muestra de mi reconocimiento, agregó Gonzalo alargándole algún dinero.

—¿Ni lo mande Dios! exclamó don Saturnino; no lo hice por interés, amo, sino sólo por servile.

—Ni yo lo hago por pagarle, sino en prueba de gratitud.

—Hágame favor de que no sea ansina; con eso me ofende. También los probes sabemos hacer las cosas por puro cariño.

—Ya lo sé, don Saturnino; de manera que si es cosa que pueda disgustarle, lo dicho por nó dicho, y ni quien hable una palabra más sobre ello, concluyó Gonzalo volviendo el dinero al bolsillo.

—Vale más ansina, señor amo; déjeme quedar sastifecho de mi aición.

—Y mucho que debe usted estarlo. Ya sabe que me deja muy agradecido. El día que me necesite de alguna manera, ocúpeme, y verá cómo le ayudo en cuanto pueda.

—Ya lo sé, señor amo. De aquí allá puedo ocupar á su mercé en cualquier cosa, y entonces me dará la mano.

—Sí, Don Saturnino, con mucho gusto.

—En ese caso, con la venia de osté me degüelvo pa Citala, porque ya ha de estar desesperado mi compadre Másimo.

—Vaya con Dios don Saturnino.

—Con licencia de su mercé, repitió el ranchero al partir, llevando por el ronzal el caballo de su compadre.

Gonzalo entró luego en el cuarto de Estebanito. El tenedor de libros se había quitado la ropa mojada, y estaba consagrado de nuevo á hermosear la persona, lavándose el rostro, peinando el cabello y poniendo brillantina en el bigote.

—Hombre, Esteban, díjole aquel entrando, me tienes en ascuas, ¿cómo te fué con mi encargo?

—Perfectamente. Mucho trabajo me costó hablar con Ramoncita. Por fortuna vive Chole en la esquina de su casa, y nadie fijó la atención en mis frecuentes vueltas por la calle. Creían que lo hacía por rondar á mi novia y lucir el caballo. Chole se estuvo en la ventana toda la tarde, dándame carita. Me decían que el maestro de escuela me andaba metiendo zancadilla; pero no es cierto. Estoy persuadido de que á mi es á quien ella quiere; sino que es alegre y comunicativa, y hasta á veces parece un poco coqueta. Pero todo lo hace con inocencia. En realidad es una muchacha sencilla.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso otra ocasión. Vamos al grano.

—Tienes razón; pensando en Chole me había divagado. Pues bien, anduve to-

da la tarde á pasa y pasa. Por fortuna Chole se estuvo firme en la ventana; si no fuera por eso, me hubiera fastidiado mucho.

—¡ Hombre, Esteban! exclamó Gonzalo impaciente. ¿Qué sucedió con Ramona?

—Estaba cerrada su casa; nada se movía ni en la puerta ni en las ventanas. Era que ella y su mamá habían salido á la Iglesia. Por fin volvieron después de mucho rato. La saludé haciéndole ademán de que traía en la bolsa alguna cosa que darle. Se hizo disimulada; pero á poco salió á la puerta so pretexto de dar limosna á una pobre. Entonces me acerqué sin desmontar, y le dije que llevaba esa carta de tu parte. La leyó y me dijo que me daría la respuesta por una de las ventanas de la otra calle. Momentos después pasé por allí, y me dió este papelito.

Tomole Gonzalo y leyó lo siguiente:

“Querido Gonzalo:

“Tu carta me deja llena de susto. ¿Qué ha sucedido? Te espero á las diez por una de las ventanas del costado de mi casa. No pa-

ses por el frente para que no te vean papá ó mamá. Ya sabes que no me gusta hablarte por la ventana; pero ¿qué remedio por ahora?

TU RAMONA.”

—Chole, continuó Esteban, que me vió hablando con Ramoncita, parece que se enojó, porque cuando volví á pasar por su casa me dió con las puertas en la cara. Pero ya la contentaré. Es celosa. Eso quiere decir que me tiene cariño. Todos los enamorados son celosos. ¿No es verdad?

No hubo quien contestase la pregunta, pues Gonzalo, no bien se hubo enterado de la contestación, salió del cuarto sin decir palabra.

—¡ Cuán egoístas son las gentes! pensó para sus adentros el tenedor de libros, al enterarse de la ausencia del joven. Gonzalo se preocupa únicamente por sus propios negocios, y en el momento en que le hablo de los míos, huye del modo más descortés. Debería recordar que me es deudor de un gran servicio. . . . El hizo un gesto de dolor al levantar la mano lastimada para aplacar el indómito pelo.



VII

ENTRETANTO Gonzalo montaba á caballo y tomaba el camino de Citala.

Era ya casi de noche en aquellos momentos. El campo comenzaba á llenarse de sombra. Volvían los trabajadores en grupo á la cuadrilla, llevando al hombro sus instrumentos de labranza. Los vaqueros conducían las vacas á los corrales, y caminaba el ganado en revuelto tropel de vacas, becerros y mozos, con ruido ensordecedor de mugidos de las madres y agudos bramidos de los hijos.

El joven espoleó el caballo y se lanzó al galope á través de los campos. Pronto llegó á la orilla del Covianes, cuya voz resonaba majestuosa en medio de la soledad y del silencio, y la cruzó sobre el puente rús-

tico construído por don Pedro. No se detuvo á considerar cuán caudaloso venía á causa de las últimas lluvias, ni cómo sus ondas enerespadas bajaban de la cañada furiosas, arrastrando en su corriente troncos y ramas de árboles, tiernas plantas desarraigadas de la orilla é inmensa cantidad de hojas secas, que se agitaban siguiendo su hervor, como inquietas mariposas posadas en su turbio cristal. Solía detenerse Gonzalo en aquel sitio, ya fuese á su paso para Citlala ó á su regreso para el Palmar, seducido por la belleza del cuadro. Infundíale cierto pavor sagrado mirar la profunda cañada, por donde traía su curso la corriente. Estrechábase en aquel punto la distancia entre los cerros contiguos, de tal modo, que se tornaba largo barranco formado por peñascos y laderas empinadas. Lo abrigado de la garganta, la acción fecundante del agua y la fertilidad natural del suelo, habían hecho brotar por todas partes una vegetación opulenta y enmarañada, que se presentaba á los ojos en obscuro é indeseifrable desorden. Ya eran grandes árboles nacidos entre las peñas, que se levantaban erguidos los unos al lado de los otros, y estrechando sus frondas en la

región del espacio; ya eran confusos matorrales que invadían y ocultaban las escabrosidades de la ladera; ya trepadoras que elevaban entre las breñas sus flexibles guías, y se enredaban á las ramas de los árboles, cubriendo su follaje y cansando su resistencia, hasta escaparse de las copas y caer de nuevo al suelo, en graciosas y multiplicadas rúblicas; ora plantas acuáticas que flotaban estremecidas sobre el agua, junto á las márgenes, en los remansos formados entre las piedras; ora frescos y vistosos colomos, que abrían las anchas hojas, cerca del río, en grandes abanicos de un verde tierno. Toda aquella vegetación de árboles, matorrales y trepadoras, unida á la aspereza y estrechura del sitio y espesándose sobre la corriente, hacían aparecer á ésta como salida de lo desconocido, de la región insondable del misterio. Al llegar la sombra nocturna, aumentábase el efecto misterioso del cuadro. Las tinieblas ordinariamente cerradas en aquella garganta, se trocaban en noche negrísima, de cuyas entrañas salía un torrente estrepitoso.

Pero Gonzalo, dominado por el afán de ver los dulces ojos de Ramona, pasó ahora

distraído frente á la cañada, y no se detuvo hasta llegar á Citala, ya de noche, y en los momentos en que comenzaban en las casas á encenderse las luces. Tenía su padre un caserón en el pueblo, con zaguán descomunal, patio extenso, amplios corredores, abundancia de aposentos, vastos corrales y pesebres, gallinero, palomar, trojes y demás departamentos de uso y estilo en habitaciones campesinas. Siempre que el caso lo demandaba, trasladábanse á él padre ó hijo, ya fuese los domingos para asistir á misa y hacer la raya, ó bien para gozar de las fiestas anuales que el pueblo celebraba con entusiasmo, ó para conmemorar las glorias de la patria. Estaba dispuesta y arreglada á todas horas para recibir á los amos, porque así le gustaban las cosas á don Pedro.

Apeose Gonzalo, recomendó á Salomé que estuviese listo para el regreso, entre diez y once de la noche, y, lleno de impaciencia, se echó á la calle sin saber qué hacer de su tiempo. Envolvióse en el sarape, caló el sombrero hasta los ojos y se situó frente á la ventana de Ramona. Como la calle era poco frecuentada, nadie reparó en él; de

suerte que pudo permanecer á sus anchas incrustado en el marco de una puerta. No le esperaba á esas horas la joven; así es que estaban cerradas las ventanas, y solamente se veían á través de los cristales y visillos, las luces de las lámparas y velas que alumbraban la casa, y, de cuando en cuando, la silueta de personas que pasaban. Tomaba gran interés el joven en la observación de esos detalles, y cuando columbraba la gentil figura de Ramona, llenábase de dulce emoción y latíale el corazón con violencia. Así pasó el tiempo, en aquella contemplación pueril, oyendo la ronca voz de la campana de la torre dar los cuartos y la horas, hasta que al fin sonaron las diez.

Seguramente la joven aguardaba con igual impaciencia la hora de la cita, porque en ese momento preciso, abrióse sin ruido la ventana de una pieza oscura, y apareció en ella una forma blanca.

—Buenas noches, Ramona, dijo Gonzalo, llegando á ella.

—Buenas noches, Gonzalo, contestó la joven con acento tan musical, que aun sonando quedo parecía un canto. ¿Te hice esperar mucho tiempo?

—No; has sido tan puntual como las palomitas de los relojes que dan las horas.

—Estoy aquí desde antes de las ocho.

—Me dijiste que vendrías á las diez.

—No pude dominar la impaciencia. Salí del Palmar poco después de las siete, y me vine á todo galope.

—Si lo hubiera sabido, habría salido antes. Bien hubiera podido hacerlo, porque mamá está muy entretenida en la cocina haciendo una conserva.

—No me enfadé; veía tus ventanas. Pasabas algunas veces y me decía: "allí va mi Ramona: ¿pensará en mí? ¿se acordará de mí? ¿me querrá como la quiero?"

—No pensaba en otra cosa más que en tí. Todo el día lo paso de la misma manera. Bien sabes lo mucho que te quiero.

—No tanto como yo.

—Mucho más.

—Imposible. No hay en el mundo quien quiera á su novia como yo.

—Ojalá. Si no me quisieras de veras, creo que me moriría.

—¿Me dispensas que te haya molestado con esta cita?

—No te disculpes. Para mí es mucho

gusto; pero ya ves como es la gente, y como se parece por hablar mal de los demás. Aparte de esto, mamá, que es tan buena, me ha dicho: "te permito que seas novia de Gonzalo, y que le hables en la casa; pero me prometes no hacerlo nunca por la ventana, como tantas muchachas locas." Y se lo tengo prometido. Sólo por eso no me gusta hablarte por aquí.

—Soy el primero en conocer que mi tía tiene razón, y en respetar su modo de pensar. Pero ahora teníamos que hacerlo así, porque las circunstancias lo exigen. Sólo Dios sabe cuando volveré á entrar en tu casa. ¿Quién sabe si nunca!...

—Pero ¿por qué?

—Porque nuestros padres están reñidos.

—¿Válgame María Santísima! pues ¿qué ha sucedido?

—La maldita cuestión del Monte de los Pericos. Mi tío don Miguel llegó al Palmar esta mañana muy de madrugada, y le exigió á mi padre que le entregara el Monte, y como mi padre no quiso, se fué muy enojado soltando muchas amenazas. A poco rato, cuando nos desayunábamos, llegó á la hacienda el montero despavorido, diciendo

que mi tío acompañado de cinco sirvientes, lo había corrido del Monte y le había dado cintarazos. Mi padre se enojó mucho. No dijo nada, porque es de pocas palabras; pero, como lo conozco, estoy seguro de que no se quedará con la ofensa. Algo va á hacer para tomar el desquite; y mi tío don Miguel se enojará más, y quién sabe á donde llegarán las cosas.

—¡Qué desgracia! articuló Ramona consternada, ¿Qué será bueno hacer?

—No lo sé. Esta mañana quise calmar á mi padre; pero no lo logré. Es prudente hasta cierto punto; pero una vez rotas las consideraciones, no hay fuerza capaz de detenerle.

—Por mi parte no puedo ni intentar calmar á mi papá. Ya lo conoces como es. A mamá y á mí nos tiene prohibido que nos metamos en sus cosas. Si algo le dijera, se enojaría mucho.

—Es lo que me alarma. Estoy muy triste; preveo que van á aparecer muchas dificultades para nosotros.

—No lo quiera Dios. Vámosle pidiendo mucho que remedie la situación; verás como nos lo concede.

—Solamente Dios podrá hacerlo.

—¡Qué lástima! ¡tan buenos amigos como eran! ¡tanto como se querían; ¡Tan contentos como estábamos todos!

—Es lo mismo que digo. ¿Por qué se buscan dificultades de propósito, cuando la Providencia les concede tantos beneficios?

—Creo que de todo tiene la culpa ese licenciado Jaramillo, á quien no podemos ver ni mamá ni yo. Desde que se ha hecho de la confianza de papá, lo ha cambiado completamente.

—Así lo creo yo también.

—Gonzalo ¿qué hacemos?

—He querido hablar contigo para que nos pongamos de acuerdo.

—Haré lo que me digas.

—En primer lugar, Ramoncita, murmuró el joven con voz enternecida, necesito me repitas que me quieres, que me has de querer siempre, y que, cualesquiera que sean las complicaciones que surjan en nuestras familias, no has de cambiar conmigo.

—¡Ave María purísima! ¿Por qué había de cambiar contigo? ¿Qué culpa tienes de lo que sucede? Además de que, aunque quisiera, no podría cambiar, porque te quiero

de tal modo, que sólo la muerte podrá hacer que no te quisiera.

—Repíttemelo, vida mía, para la tranquilidad de mi corazón.

—Sólo muerto no te querré, Gonzalo.

—Que Dios te lo pague. ¡Si vieras cuánto beneficio me hacen tus palabras! Ahora que venía de la hacienda, pensaba cosas muy tristes, todo lo veía negro; se me figuraba que iba á perderte para siempre.... Pero desde que te veo y te oigo, se han desvanecido mis temores, y tengo fe en el porvenir.

—El cariño que nos tenemos es puro y santo, y Dios lo bendecirá. ¿No es verdad que tú tampoco dejarás de quererme, suceda lo que suceda?

—Por esa parte no debes temer. Antes me dejaría arrancar el corazón.

—En ese caso, somos fuertes, y no debemos temer. No hay poder en el mundo capaz de hacer que no se quieran los que se quieren de veras.

—Tienes razón. Así sucede cuando se emplean medios violentos. Pero el que se propone desunir á los enamorados, no les pone el puñal al pecho para que se olviden; si-

gue un camino menos directo. No ataca de frente; ofusca la razón con vanos fantasmas, hace nacer la sospecha, estimula el amor propio, y consigue por medio del engaño lo que nunca hubiera alcanzado por otro camino. Amantes que hubieran llegado al heroísmo luchando con el enemigo cara á cara, caen rendidos á los golpes de la calumnia y de la intriga....

—Tienes razón; sé de novios que se han separado, á pesar de quererse mucho, por hablillas y chismes de la gente.

—Es necesario que nos defendamos de la traición. Cuando se sepa que nuestros padres se han enemistado, vá á proponerse la murmuración completar la obra de la discordia.

—Pero todos sus trabajos serán inútiles contra nosotros que tanto nos conocemos, y tenemos tanta confianza en nuestra lealtad.

—Vámonos proponiendo no dar crédito á ningún rumor desfavorable, antes de explicarnos uno á otro lo que pase.

—Así debe ser; dar oído á cualquier hablilla, sin investigar la verdad, sería ligereza imperdonable.

—Entonces así queda convenido.

—Convenido.

—Esto me tranquiliza. Puesto que nos queremos de veras, y que nos prometemos fe mutua, debemos desechar todo temor. Nada podrá hacer la adversidad contra nosotros.

—Lo mismo digo yo. Me quieres, te quiero; no hemos de hacer nada malo; hemos de decirnos siempre la verdad; ¿de qué modo podemos ser sorprendidos?

—De ninguna manera.

—Sólo nos queda pedir mucho á Dios y á la Virgen Santísima que nos proteja y que reconcilie á nuestros padres.

—Con todo nuestro corazón.

—Para que vuelvan á ser tan buenos amigos como lo han sido siempre.

—Y para que podamos realizar pronto nuestros deseos. Estamos en Junio. ¿Te acuerdas que habíamos fijado nuestro matrimonio para el treinta de Agosto, y teníamos el proyecto de marcharnos luego á Europa?

—¡Cómo no! Ya verás que todo lo hacemos al fin como lo habíamos pensado.

—Sí; esperamos en Dios que así ha de ser.

—Tengo fe en ello.

En esto oyéronse pasos precipitados dentro del cuarto. Volvió el rostro la joven y vió abrirse la puerta que daba al aposento contigo. Apenas tuvo tiempo para estrechar la mano de Gonzalo diciéndole en tono breve:

—¡Quién sabe quién viene! Adiós.

—Adiós, murmuró el joven correspondiendo á la rápida presión. Retirose y se ocultó en la sombra de enfrente, incrustándose en su escondite.

Permaneció atento á lo que pasaba en la casa. Parecía oír la voz airada de don Miguel alternando con la suavísima de Ramona, y algo como rumor de llanto. Salió á la ventana una persona que se le figuró don Miguel, la cual estuvo un rato como en acecho, y cerró luego los cristales. En seguida quedó todo en silencio, y no volvió á oírse más que el ruido periódico del reloj que daba las horas.

